

ces. El Señor de Chantal, su suegro, hombre severo y de mal carácter, anciano de setenta y cinco años, exigió que fuera á vivir con él, amenazándola si no lo hacia con casarse, desheredando á sus nietos. Allí, durante siete años y medio, víctima de una criada que poseía la confianza del anciano y administraba sola la casa y todos los bienes, tuvo que sufrir un martirio moral de todos los dias. Esta criada, con todo el descaro de una inferior que se ha hecho señora, la censuraba en todas ocasiones, y á veces llegaba hasta á injuriarla, y escitaba la cólera del anciano contra su nuera. La excluía de toda participacion en los negocios de la casa, de suerte que veía todas las cosas deteriorarse y perderse sin poder aplicar remedio alguno; no la dejaba sino lo estrictamente necesario para la vida; y no permitía que se diera un vaso de agua á un extraño sin su permiso. En fin, era tal la altanería de esta mujer, que pretendía no hubiese distincion entre sus hijos y los de la Baronesa, que unos y otros comiesen en la misma mesa, y fuesen tratados en todo como iguales. La Señora de Chantal, no contenta con abrazar el partido del silencio y la paciencia, pensó en tomar de estos malos tratamientos una venganza evangélica, haciéndose la maestra, ó mas bien la criada de los hijos de esta mujer, enseñándolos á leer y haciéndoles los humildes servicios que hacen las ayas á los niños que se les confían. Al mismo tiempo rodeaba á su suegro de todas las pruebas de respeto y de las delicadas atenciones que puede inspirar la piedad filial mas tierna, sin exhalar nunca una queja ni manifestar el mas pequeño disgusto (1).

Solo la religion podia sostenerla en esta sublimidad de virtud, y así buscaba en ella su auxilio. Por su prudencia y dulzura, obtuvo del anciano el permiso de tener todos los dias Misa en el castillo; y durante la Cuaresma, salía á caballo muy temprano, para ir á Autun, que estaba á

(1) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de la santa Madre de Chantal, pág. 38 y sig.

una distancia de doce kilómetros, para oír los sermones, concluidos los cuales volvía á toda prisa para estar para la hora del almuerzo, y evitar á su suegro algun disgusto.

Todo el tiempo que le quedaba libre despues de sus ejercicios religiosos y los deberes de la piedad filial, lo empleaba en trabajar para la iglesia ó para los pobres. Había hecho voto de ello, y lo observaba tan rigurosamente, que considerando todos sus instantes como consagrados á Dios, no cesaba nunca de trabajar, aun en los momentos en que recibía las visitas que iban con frecuencia al castillo. Un dia en que le rogaban no se aplicara á un trabajo tan continuo: «Si perdiera un momento inutilmente, contestó, creeria que se lo robaba á la iglesia» y á los pobres, á los que he consagrado toda mi existencia.» En virtud de este voto, no se creía con derecho á interrumpir este trabajo sino para cuidar á los pobres y á los enfermos, vendar sus llagas, distribuirles los remedios, de que estaba siempre ampliamente provista; y si suspendía su labor por sus propias necesidades ó las de sus hijos, se hacia reemplazar por su doncella, para que no se quitase un momento del fin piadoso á que los había destinado.

Tenia en el castillo reservada una cama para algun enfermo muy necesitado; y el primero que recibió fué un leproso cuyas llagas exhalaban un olor tan fétido, que todo el mundo huía de él. Despues recibió una mujer con un cáncer que le había roído todo el rostro, hasta el punto de que no se le podia hacer pasar nada sino por un agujero que se la formó en la garganta. La santa viuda parecía ser la única que podia cuidar males tan horribles, y lo hacia con un aire tan alegre, que nadie sospechaba las repugnancias interiores que su fe tenía que vencer.

Además de los indigentes socorridos en la casa, iba todos los dias á cuidar en las suyas á los pobres de los alrededores, á los cuales hacia la cama, curaba las llagas, de las que estraía la materia y las carnes podridas, haciéndoles estos piadosos servicios de rodillas ó besando

sus úlceras por respeto á Jesucristo, á quien veneraba en su persona. Los domingos y fiestas visitaba á los enfermos que estaban lejos, acompañada de dos criadas: «Vamos en peregrinacion, les decia, vamos á visitar al Señor.» Y durante el camino con frecuencia guardaba silencio y meditaba, representándose unas veces que iba al huerto de las Olivas, otras al Calvario, al sepulcro ó alguna otra estacion de la pasion del Salvador.

Una vida tan ejemplar escitaba la admiracion general; no se hablaba mas que de la Baronesa de Chantal; y esta gran virtud, unida á todas sus bellas cualidades, fué causa de que la solicitaran algunos partidos brillantes: pero firme en la resolucion de no pertenecer mas que á Dios solo, no quiso oír ninguna proposición, y aun se dice que para sellar mas su voto, tuvo el valor de grabar con su propia mano sobre su corazon el nombre de Jesucristo con un hierro hecho ascua.

Así vivió la Señora de Chantal hasta el año 1604. Cuando habia ido el Obispo de Ginebra á predicar la cuaresma en Dijon la llamó á su lado el presidente Fremiot, su padre, para que gozara de la dicha de oír al hombre de Dios, que tenia tanta reputacion de saber y de santidad. Desde la primera vez que le vió en el púlpito, reconoció en él al que Dios le habia mostrado debia ser su director, lo cual fué para ella un motivo de inefable alegría y de dulce esperanza. Así, para examinarle y oírle mejor, hacia colocar su silla enfrente del púlpito, de modo que pudiera verle de cara.

Francisco, por su parte, á pesar de la dificultad que oponen á la observacion del predicador la preocupacion de la palabra y el hilo del discurso, notó á esta viuda entre todas las personas del auditorio, y reconoció en ella muy distintamente á la que Dios le habia mostrado en su vision del castillo de Sales (1). Movido este en su conse-

(1) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de la santa Madre de Chantal, pág. 41.

cuencia de una santa curiosidad por saber quién era esta persona, se dirigió á uno de sus oyentes mas asíduos, Andrés Fremiot, hermano justamente de la Baronesa de Chantal. Habiéndole contestado que era su hermana, que aspiraba al honor de conocer á tan digno prelado, y que, si Su Ilustrísima se dignaba corresponder á este deseo, se consideraria feliz al ofrecerla ocasion para ello reuniendo á los dos en su mesa, Francisco aceptó la invitacion; y así tuvo lugar la primera entrevista, que luego fué seguida de otras varias. Desde las primeras palabras estas dos almas se comprendieron; la Baronesa admiró la santidad de sus conversaciones privadas, como habia admirado la santidad de sus discursos públicos, y el Obispo, por su parte, apreció en todo su valor la virtud de la Baronesa; sin embargo, para asegurarse mas aún de que su corazon era todo de Dios y no estaba asido á alguna cosa, ni aun á un resto de adorno, que lícitamente podia llevar una señora de su clase, la preguntó si pensaba volverse á casar. «No ciertamente, respondió.—Entonces, replicó señalando á unos adornos que llevaba, sería necesario quitar eso.» La viuda comprendió lo que queria decir, y al dia siguiente todo habia desaparecido.

Edificado el Obispo con una obediencia tan pronta, y notando todavía unos encajes de seda en su manteleta: «Señora, le dijo, si estos encajes no estuvieran ahí, dejaríais de estar vestida como conviene;» y aquella misma noche ya no estaban allí los encajes. «Y estas borlas, ¿qué hacen en el cordon de vuestro cuello? añadió otro dia; estaría menos bien prendido sin ellas;» en el mismo momento cogió las tijeras y cortó las borlas (1).

El hermano de la Señora de Chantal, que acababa de proporcionar á su hermana el conocimiento del santo Obispo de Ginebra, era el mismo con quien Francisco tenia un pleito por los bienes eclesiásticos del país de Gex. Aunque jo-

(1) Memorias de la Madre de Chaugy sobre la vida de la santa Madre de Chantal, pág. 43.

ven aún, era ya un personaje notable; una educación esmerada le había hecho hábil en las bellas letras, en la teología y en el derecho civil y canónico. Consejero en el Parlamento de Borgoña y de Estado en la corte de Enrique IV, había sido nombrado para el arzobispado de Bourges aun antes de ser promovido al sacerdocio (1). Ordenado sacerdote al fin de la Cuaresma de aquel año, escogió el Jueves Santo para el día solemne de su primera Misa, y apreciando toda la santidad del Obispo de Ginebra, quiso ser asistido por él en este grande acto. Desde el principio de la Cuaresma no se había vuelto á tratar de pleito entre los dos, pues desde las primeras entrevistas, Francisco, con su suavidad y atenciones, había inducido al joven prelado á desistir de toda pretension sobre los bienes del país de Gex, y el Arzobispo por su parte había considerado no compraba muy caro, á este precio, la amistad de tan grande hombre. Desde entonces, con efecto, se estableció entre Francisco, el Arzobispo y su padre una tierna é íntima amistad; y no teniendo, en medio de sus grandes trabajos, otros momentos libres para cultivarla que el tiempo de la comida, iba con frecuencia á sentarse á su mesa.

El Arzobispo, aprovechándose de estas buenas relaciones, le comunicó su deseo de ser asistido por él en su primera Misa, á lo cual el santo amigo consintió gustoso. A la hora señalada estaba en la iglesia: el sacrificio empezó y se continuó en presencia del hombre de Dios, que siguió al nuevo sacerdote con tanta atención como piedad; por fin llegó el momento de la Comunión, momento solemne en el cual, según la liturgia romana, que no permite el Jueves Santo mas que una sola Misa en cada iglesia, sacerdotes y fieles comulgaron de manos del celebrante. El santo Obispo fué á colocarse á la estremidad de la grada del altar; desde allí, en la postura mas humilde y con

(1) La Galia cristiana, t. II, p. 103, dice que fué nombrado en 1602, á la edad de veintinueve años, consagrado en 1603, y que entró en Bourges en 1604; pero Marsollin no adopta estas fechas.

una actitud religiosa que arrancó las lágrimas de todos los asistentes, se adelantó de rodillas hasta el medio, y recibió la Comunión de manos del nuevo sacerdote. En el mismo momento, cuenta la Señora de Chantal, que como si Dios hubiese querido hacerle una diadema luminosa, su cabeza apareció radiante, y como un astro, reflejando rayos de luz por todas partes. Todos los asistentes pudieron notar esta maravilla, ante la cual el nuevo sacerdote quedó deslumbrado, y el santo prelado, confuso con este favor, que aumentó la estimación que le tenía, sintió una pena profunda (1).

La señora de Chantal, llena de gozo por las relaciones que se habían establecido entre su familia y un hombre tan santo, buscaba las ocasiones de aprovecharse de ellas para el bien de su alma: y siempre que el Arzobispo de Bourges iba á comer con su padre ó su hermano, no dejaba de encontrarse allí, para poder hablarle á su gusto. «Sentía desde entonces hácia él tan alta estimación, decía después (2), que recibía todas sus palabras con un profundo respeto, diciéndome muchas veces: «Este hombre no tiene nada de hombre.» Admiraba todo lo que hacia ó decía, y le miraba como á un ángel de Dios. Su aspecto tan digno y tan santo, me movía hasta el punto que no podía apartar los ojos de él. Sus palabras no me edificaban menos: hablaba poco, pero de un modo tan prudente, tan dulce, tan oportuno para satisfacer á los que le consultaban, que no comprendía dicha comparable á la de estar cerca de él y oír las palabras de sabiduría que salían de su boca; y tanto por eso, como por presenciar la santidad de sus acciones, me hubiera considerado feliz en ser la última de sus criadas.»

Sin embargo, no se atrevió aún á abrirle su interior, pues aunque por un lado se sentía vivamente inclinada á

(1) Dep. de Francisco Favre que estaba presente, y de la Madre de Chaugi.— Carlos Aug., p. 317.—De Maupas, p. 244.

(2) Dep. de la Santa Madre de Chantal.

ello y «moria de deseos,» según más tarde refirió, por el otro se sentía contenida por el voto que había hecho á su director, de no comunicar más que con él los secretos de su alma, y se limitaba á cambiar algunas palabras que no tenían relación con lo que sentía.

Otra circunstancia aumentaba aún este estado de violencia, y era que su director había encargado á una persona que la vigilara y no la perdiera de vista, para impedir que se dirigiera con otro. Pero por fin, el Miércoles Santo, habiendo sido asaltada por una terrible tentación que le hacía necesarios los consejos de un guía espiritual, y encontrándose el suyo ausente, rogó á su hermano le procurara una entrevista con el santo Obispo, sin que la vigilante se apercibiera de ello.

Habiéndose hecho todo como deseaba, recobró con esta conversación la tranquilidad de su espíritu y de su conciencia, y parecía que un ángel había bajado á traerle la paz del cielo. Al día siguiente, Jueves Santo, habiendo sido colocada en la mesa en casa de su hermano al lado del hombre de Dios, tuvo el consuelo de poder conferenciar de nuevo con él, y de entrever el sentido de una palabra misteriosa que Dios había dicho á su corazón en el castillo de Bourbilly. Durante la conversación había dicho que se proponía ir á San Claudio. «Yo también, dijo el santo Obispo, debo ir allí con mi madre para cumplir un voto; si quereis que convengamos cuándo ha de ser, nos reuniremos allí los tres.» Estas palabras llenaron de alegría á la Señora de Chantal, y le hicieron esperar que se cumpliría allí el oráculo oído en Bourbilly, de que no alcanzaría el reposo sino cuando entrara por la puerta de San Claudio. Pero entre tanto rogó al hombre de Dios la confesara: este se lo rehusó al principio, temiendo hubiera en esta petición una cierta curiosidad mezclada con la devoción. Sin embargo, habiendo juzgado después de un maduro exámen que el deseo era santo, accedió á él, y en el ejercicio de su ministerio con su nueva penitente, recibió tan grande abundancia de luces y de sentimientos para

dirigirla, que no pudo desconocer la acción de Dios. Sin embargo, quiso que continuara bajo la dirección de su primer guía: «Él y yo, dijo, nos entenderemos perfectamente.» Esta entrevista devolvió la paz á la Señora de Chantal, y libertándola de sus escrúpulos, le quitó el temor de disgustar al director á que se había ligado con voto (1).

Entre tanto Francisco había terminado su ministerio en Dijon; era el día siguiente de la octava de Pascua, y deseoso de volver á su diócesis, hacia sus preparativos de viaje; cuando un ministro protestante llamado Cassegrain, acercándosele insolentemente, fué en presencia del Barón de Luz á proponerle una conferencia sobre todos los puntos de controversia que había tratado durante la Cuaresma. Este atleta inesperado en polémica religiosa, que había guardado durante toda la misión un profundo silencio, se había imaginado que el santo Obispo, provocado á la lucha en el momento de ponerse en camino, la rehusaría diciendo: «Es demasiado tarde,» y esperaba por medio de esta estratagemata hacerse entre los suyos, como igualmente entre los católicos, la reputación de un gran controversista, con quien el Obispo de Ginebra no se había atrevido á entrar en liza, lo cual era á sus ojos el más bello título de gloria á que hubiera podido aspirar; y lleno de esperanza de obtenerlo, se coronaba ya con sus propias manos. Pero su alegría fué corta y se convirtió en amargo desengaño, porque el Obispo, adivinando su astucia, le respondió sonriendo: «Hubiera sido más leal que os presentárais cuando discutía despacio estas verdades delante del pueblo; pero no importa, aunque estoy para partir acepto el desafío, pues no quiero que podáis decir que el Obispo de Ginebra ha retrocedido ante vuestros ataques. Permaneceré aquí todo el tiempo que sea necesario, y desde ahora estoy pronto á contestar á vuestros argumentos, tanto en público como en particular, y á conferenciar con vos sobre todo lo que queráis.» Cassegrain,

(1) Carlos Aug., p. 316.

muy contrariado y poco dispuesto á medirse con semejante adversario, le replicó que no queria retardar su partida, pero que le proponia una conferencia en la ciudad de Ginebra, creyendo sin duda que el Obispo no aceptaria esta cita. «¡En la ciudad de Ginebra! contestó el prelado, ¡oh, tanto mejor, ningun lugar me agrada tanto como ese, así podrá hacer ver á esos pobres ginebrinos la pureza y la belleza de la religion católica, que los ministros alteran presentándola toda desfigurada. Acepto pues el lugar del combate, y ruego al Baron de Luz, aquí presente, arregle él mismo este asunto, suscribiendo yo por anticipado á todas las condiciones que establezca. Señores, dijo entonces en alta voz á todos los asistentes, os pongo por testigos de que prometo al Señor de Cassegrain, tener con él una conferencia sobre la religion en la ciudad de Ginebra.»

El Obispo, hablando así, deseaba mas bien que esperaba la conferencia, pues sabia demasiado por esperiencia que los ministros del error no querian entrar en discusion con él. En efecto el Baron de Luz solicitó en vano de los ministros tuvieran una esplicacion pública con el Obispo de Ginebra, no encontrando por todas partes sino una negativa inexorable, pretestada con mala escusa, «que su religion no necesitaba de discusiones ni de conferencia.» Esta respuesta se llegó á saber en Dijon, hizo á Cassegrain el objeto de la irrision pública (1).

Despues de su conversacion con el ministro, Francisco recibió la visita de los regidores de Dijon, que iban á llevarle, como prueba de su reconocimiento por sus grandes trabajos, un rico servicio de plata. Este presente, lejos de tentarle, escitó una viva negativa. «Señores, les dijo, no puedo aceptar lo que me ofreceis, pues no he venido aquí para vender la palabra de Dios, y no quiero llevar de aquí otra cosa que vuestros corazones.» Se puede decir en efecto que se los llevó todos, pues regidores,

(1) Carlos Aug., p. 318 y sig.—De Maupas, p. 247.

magistrados del parlamento, nobleza, gran número de eclesiásticos, y sobre todo los recién convertidos, que le debian su vuelta á la religion, todos á porfía le demostraban su afecto. Le acompañaron por honor hasta la gran plaza de San Esteban, donde se encontraba una inmensa multitud, la que no bien lo hubo visto cayó de rodillas pidiéndole con lágrimas su última bendicion. Unos cogian sus caballos para detenerle mas tiempo en medio de ellos; otros esperaban de algun modo su sentimiento, y todos estaban inconsolables (1). Nadie sin embargo lloraba como la Baronesa de Chantal, pues separarse de su guia era para ella mas que separarse de su padre; por eso el santo Obispo, que así lo comprendia, la escribió desde la primera posada donde se detuvo en el camino, enviándola para consolarla estas dulces palabras: «Dios me parece me ha dado á vos; cada vez me afirmo mas en ello. Ruego á la divina Bondad nos ponga á menudo juntos en las sacratísimas llagas de Jesucristo, y nos haga entregar allí la vida que hemos recibido. Os encomiendo á vuestro ángel bueno; haced otro tanto por mí, que soy vuestro mas afectísimo en Jesucristo, ✠ *Francisco, Obispo de Ginebra.*»

La Señora de Chantal recibió estas breves frases con tanto consuelo como religioso respeto, y abandonándose plenamente á la voluntad divina, esperaba en paz la manifestacion de los designios de Dios sobre ella.

(1) Carlos Aug., p. 319.